PRÓLOGO

No ha sido nunca, ni es hoy tampoco común en las gentes, el conocimiento de la importancia que tienen, la transcendencia que implican y la complejidad que ofrecen los problemas monetarios, cuya solución tanto nos interesa hoy á todos.

Un miembro del Instituto de Francia, les caracterizaba diciendo:

«Las personas que abordan esta cuestión por primera vez, la resuelven inmediatamente; las que la han estudiado con detención, titubean; y las que están obligadas de llevarlas á la práctica, dudan y se detienen asustadas ante el peso de la enorme responsabilidad.»

Quisiéramos proporcionar al lector, con el mayor número posible de detalles, todo cuanto hace y se refiere á aquella importancia, transcendencia, complejidad y solución, si no nos lo vedase, por una parte, el estrecho campo que ofrece un prólogo, y por otra, una insuperable dificultad, porque sería para nosotros más difícil saber segregar lo que debiéramos omitir por supérfluo, que decir mucho, cual correspondiera y requiere tan vasto asunto.

Nuestro objeto es, pues, sólo, preparar al lector antes de introducirle al estudio de la materia expuesta tan magistralmente en este libro; hacerle un anticipo de la parte expositiva y tésis de la obra; darle alguna noticia y hacer algunas consideraciones sino útiles, propias, por las cuales entre fácilmente en conocimiento de lo que más tarde trata ya el autor con esmerado método y erudición, en el estudio de la monografía de la cuestión monetaria.

Hemos dicho monografía, y es, en efecto, la primera que se escribió sobre este asunto.

En la traducción de la obra seguimos taxativamente al autor, porque entendemos que las versiones deben ser el reflejo fiel y exacto del original, como un retrato debe ser la representación viva y genuina de quien le motiva, en todas sus partes y con su fisonomía propia. Quizá por habernos ajustado tan estrictamente al original, resulte algunas veces la traducción defectuosa; estos defectos, les sabrá velar sutilmente la ilustración de la clase de lectores para quienes se escriben estos trabajos.

Pero decimos mal, porque esta obra, como todas las que de cualquier modo se ocupan de estudios económicos, deben estar escritas, mejor dicho, se escriben para todos, porque todos estamos interesados en el conocimiento de los grandes problemas económicos, cuya solución tanto discuten las ciencias morales y políticas.

Es por lo menos patriótico penetrarse siquiera de este conocimiento, y tratar cada uno con toda la plenitud de sus fuerzas, dentro de la medida de lo posible, de traer su granito de arena con que contribuir á la restauración de nuestro derrumbado edificio económico. He aquí el por qué de nuestro trabajo; he aquí el motivo de nuestro objeto.

Penetrados de las circunstancias tan difíciles que nos rodean, decimos mal, que envuelven á la Europa entera, mas aún, á todo el mundo; convencidos nosotros por lo que á España se refiere, de los sensibles efectos de esa perniciosa política económica consecuencia inmediata de la insuficiencia de nuestros gobernantes; cuando observamos ese desquiciamiento general de todas los cosas, que está dando carácter á las postrimerias de nuestro siglo, y ahora, cuando empezamos á arrancar las telarañas que pendían entre nuestra ignorancia de un lado y la falta de actividad de otro; cuando principiamos á conocer nuestra situación por demás angustiosa, al vernos sorprendidos sin oro, porque los últimos centenes enmohecidos por el ahorro huyen apresuradamente hacia el exterior mermando nuestro capital y extinguiendo nuestras fuerzas; cuando en todas partes apreciamos el enrarecimiento del preciado metal, que se precipita en las cajas de los Bancos como queriéndose constituir en solvencia de la que todos vamos careciendo; cuando observamos esas sacudidas tan extraordinarias en el capital de las naciones, esos desplazamientos inconcebibles que á su menor indicio hacen subir el descuento en la rica Inglaterra, primer ejemplar del monometalismo oro; cuando vemos por el suelo la experiencia consumada, obra de los tiempos y sancionada por los siglos, durante los que hubo sido siempre secular el empleo simultáneo de los dos metales, y la vemos sustituida por el emporio de un solo metal, con el envilecimiento del otro; cuando una nueva práctica aunque corta, utilitaria en gran modo, nos dice que ese sistema empeñado en aminorar el capital del mundo, motivo de la actual contracción monetaria, ha procurado con sus perniciosos efectos una catástrofe espantosa en la Argentina y en el Uruguay, y otras casi parecidas en Europa, donde agonizan los créditos de Portugal y Grecia, Italia y nuestra España, donde la elevación de los cambios á falta de metal amarillo, ha puesto, pone en peligro el capital de las naciones deudoras, y mientras que de aquí emigra el oro, Italia llega á verse sin moneda divisionaria; cuando se suceden á los acontecimientos financieros como los de la casa Baring y la de Murrieta, la quiebra del Banco Oriental, la de los Bancos Australianos en número de ocho en Melbourne, dos en Sidney y tres en Queensland en un corto espacio de tiempo, nada menos que por la cifra de 14 millones de libras esterlinas; cuando observamos la desaparición también del terreno mercantil, de otra série de Bancos en los Estados Unidos y aún en Italia; cuando nos cercioramos todos de las perentorias necesidades metálicas que tuvo Inglaterra, la nación monometalista oro por excelencia, necesidades motivadas un día por los sucesos Baring, y que para ser satisfechas tuvieron que acudir al bimetalismo de Francia en demanda de un préstamo de 75 millones de libras esterlinas (1); cuando la más pequeña exportación de este metal en el Reino Unido pone en temor constante á los intereses de la nación, y para evitar que emigre el oro, se eleva la tasa del descuento con notorio perjuicio del comercio.

Cuando todo esto y mucho más que debemos omitir en razón á los estrechos límites á que se circunscribe un prólogo, ponen de manifiesto con tanta claridad los serios peligros que amenazan al mundo con sus decisiones, mientras siga el empeño inusitado

(1) No es esta la primera vez que el bimetalismo ha ido en ayuda del étalon único, gracias al uso de los dos metales.

Díganlo los préstamos que Francia hizo á Inglaterra en circunstancias difíciles para Europa, de 50 millones oro en 1839, y 52 del mismo metal en 1860, además del consignado de 75 millones de libras; y los de 50 millones plata en 1847, y 31 en 1861 á Rusia.

de continuar monometalista oro, restringiendo la acuñación secular del metal blanco, y siga también la tenaz empresa de desequilibrar la tradicional relación de valor de 1 á 15 y medio del germinal año XI; cuando vemos con Magne, en fin, que los actuales fenómenos económicos afectan tan intensamente á todos los brazos de la actividad social, al comercio, á la industria, á la agricultura, á la banca, al crédito, á la propiedad y á las necesidades ordinarias de las poblaciones; cuando nos convecemos de nuestra situación, de que estamos bajo esa tempestad que se cierne actualmente en el mundo, amenazando con destruir nuestro edificio social; cuando nos vemos rodeados de una crisis tenaz, porfiada y espantosa, reflejo de ese foco cuyo lumínico se engendra en los factores económicos, que toma su origen en la economía y en la política de los Estados; cuando empieza á preocuparnos la falta de dinero en el interior y de crédito en el exterior; cuando por efecto de esto nos aniquila y destruye esa abrumadora carga del cambio verdaderamente espantosa; cuando efecto de todo, vemos el desquiciamiento general, motivo de esas perturbaciones aterradoras, de la lucha entre el capital y el trabajo, del proletariado contra las clases acomodadas, y vemos revolverse á los nihilistas en Rusia, á los fenianos en Inglaterra y á los anarquistas en todas partes, patriótico es, repetimos, que cada uno coadyuve de algún modo al estudio de tan intrincados problemas, problemas económicos y sociales, cuyas soluciones tanto dan que hacer á las ciencias morales y políticas de donde en último término proceden.

Donoso Cortés había dicho qne en el fondo de todo problema político hay un problema teológico, y después de convencernos de esa verdad, añadimos nosotros, con un economista célebre, que hay también un problema económico.

Nosotros estamos persuadidos que las modernas ciencias morales y políticas, cuyo tortuoso camino empezó al final del pasado siglo, dieron en el orden moral y económico la revolución de principios, y aquel afán de transformar, que la palabra revolución supone, no se detuvo ante el pavoroso cuadro que seguiría á sus devastadores ideales.

En efecto, la revolución francesa, aquella precipitada ebullición de nuevos principios que modelaran un día el triste cuadro de la historia más bárbara y horrible que pudieron concebir los tiempos y las edades; aquélla era de vértigo y furor, de salvajismo y de odio que inficcionaban la atmósfera de deletéreas miras, hubo de demoler y transformó en un momento, alentándose en un nuevo espíritu de libertad, todo cuanto hasta entonces existía en religión y en filosofía, en las ciencias y las artes; y entre este conjunto derrumbado, obra ingrata de tantas locuras engendradas por los devaneos más inconcebibles de fisiócratas y enciclopedistas, cayó también en confusiones de trágico recuerdo, la dinastía de un Luis XVI, concluyendo con él al golpe del cuchillo que separara su cabeza, todo el sistema político y económico de aquella época.

Sobre estas ruinas de luto, escabel de la gloria de aquellas ideas políticas de revolucionismo y transformación, levantáronse en el terreno moral nuevos edificios, amoldados también á nuevas necesidades que sentían aquel instinto de regeneración social, y al compás de la vertiginosa carrera que todo lo existente llevara, reconstruyendo en aquellas demoliciones nacientes miras que sustituyeran todo cuanto vino descansando en el común sentir de generaciones pasadas y que habían aprobado los hombres y las edades, tocó también la Asamblea Nacional la doctrina monetaria, y por boca del elocuente Mirabeau, se oyó por vez primera la teoría del monometalismo, rectificando con ella la antigua obra secular, acrisolada por los siglos pasados.

La revolución francesa, pues, trajo en su problema político un problema teológico; pero trajo también un problema económico.

Habíase predicado en la Asamblea Nacional el monometalismo plata; pero vióse muy pronto la imposibilidad de su realización. Creóse entonces el paralelismo de valor entre los dos metales, estableciendo la proporción de 1 á 15 ½, cuya proporción clásica y secular siguió reglando el sistema general monetario bimetalista, hasta que en 1816, el primer lord de la Tesorería, Roberto Liverpool, dió sólo al oro virtud liberadora; medida utópica y antirracional, que quiso en mal hora corregir la obra monetaria secular de los siglos.

El primer eco que en la adopción del nuevo régimen se oyó en Europa, resonó en Alemania; y esta nación, aprovechando la circunstancia de recibir de Francia cinco mil millones en oro como indemnización de guerra, y con el doble propósito de acabar de humillar á los vencidos, resolvió por ley de 4 de Diciembre de 1871 y 9 de Julio de 1873, declararse monemetalista oro, dan

do curso legal ilimitado y acuñación libre á este metal, menospreciando la plata y al cobre, que en lo sucesivo serían solamente monedas auxiliares de pago.

Estas resoluciones, y la consideración de que en virtud de ellas iba á resultar que, la importante cifra de 24 millones de habitantes tendría que prescindir nada menos que de mil millones de plata, y sobre esto, las necesidades de las reformas de Alemania que pretendía la adquisición de oro por 1747 millones de marcos, fueron bastante motivo para que la supremacía que se daba á este metal con menoscabo de aquél, empezára á preocupar primero á los poderes de los Estados que acuñaban plata, y á romper después, aquel normal equilibrio que estableciera el legislado del año XI, mediante el que se daba la relación fija de uno á quince y medio.

Muy pronto empezaron á tocarse las consecuencias de este disloque. Suecia y Noruega formaban una unión monetaria á base del patrón exclusivo de oro; los Estados Unidos seguian el mismo procedimiento; más tarde, Holanda cerraba su casa de moneda; en Rusia se suspendía la acuñación de la plata, y llegaba el caso de que Austria-Hungría se decidiera por la predilección de su papel moneda antes de entregarse al metal blanco. La Unión latina opta en 1873 por suspender la libre acuñación del metal blanco, limita sus emisiones por convenios adicionales, y al renovar después su contrato monetario en 1878, se decide á suspender la acuñación de la moneda de 5 francos, decisión que confirma después en 1885.

¿Qué consecuencias se han deducido de estos procederes? En una palabra, ¿qué efectos se han deducido del empleo exclusivo del oro y de la depreciación general de la plata?

En primer término, ha sobrevenido el enrarecimiento de la moneda, la disminución del capital y del crédito, la elevación de los cambios, la baja de los precios y de las utilidades, y por último, una crisis general y formidable que amenaza á todo lo existente.

Basta la razón natural para comprender que el haber proclamado el uso exclusivo del oro como moneda legal y las restricciones de la acuñación de la plata, son en último término, tanto como empeñarse en disminuir la moneda, y por ello el capital, porque es sabido que la producción de aquel, es hoy insuficiente para las necesidades crecientes de los Estados. Compréndase además, que, si el capital del mundo consiste, segun cálculos, en 70 á 80 mil millones de pesetas mitad oro y mitad plata, si por la adopción del monometalismo oro nos reducimos este capital á la mitad, ¿cómo reemplazaremos los 40 mil millones de metal envilecido, cuando sabemos que la producción anual de oro disponible para la acuñación, no excede de 93 millones de francos, cifra insuficiente para cubrir nuestras necesidades anuales, necesidades que aumentan cada día, sobre todo para las naciones colonizadoras?

¿Como atenderemos tampoco á las necesidades crecientes del comercio, cuando sabemos que han venido aumentándose las transacciones, puesto que si las mercancias transportadas en el mundo ascendían en 1830 á 322 millones de libras esterlinas, en 1850 á 747, llegaban en 1880 á 2.688; y solamente en Inglaterra ascendía su riqueza comercial á 2.190 millones en 1812, á 5.560 en 1860 y á 8.720 en 1882? (1)

¿A cuanto más ascendería el capital restringido cada año? Qué sucedería al ver que por la escasez del metal amarillo, no pudiésemos compensar las insuficiencias del otro? (2) Y por último, ¿cuáles han sido las consecuencias derivadas de ese asomo de monometalismo oro?

Después de haberse restringido el capital, y de haberse enrarecido la moneda, los primeros efectos han sido generales, han afectado á todas las fuentes de riqueza, es decir, han venido á confirmar lo que ya habían predicho hombres tan eminentes como Hume, Macculoch, Rosher, Chevalier y muchos más.

Hume se había expresado así en su «Ensayo sobre la moneda»: «Siempre que el numerario afluye á un país, todo se transforma, el trabajo y la industria se desarrollan; pero cuando aquél disminuye, el pueblo sufre y sobreviene la ociosidad y la pobreza.» Y Macculoch, Rosher, Chevalier y otros, también han dicho, y confirmado la experiencia, que la moneda abundante determina la

(1) Dictionary of Statistics de Mulhall.

(2) El haberse restringido la acuñación del metal blanco, ha determinado la escasez de la moneda, y sobre esto vino á ocurrir que, no ha sido posible compensar las insuficiencias del habilitado como liberador, lo cual viene á representar una escasez mayor de numerario.

En efecto, Inglaterra no acuñó oro en el año 1879, ni en 1881, ni en el 1882, ni en el de 1886; y Francia, aunque había llegado á acuñar nada menos que 711 millones anuales, descendió la fabricación de moneda á 8 millones por año durante la época de 1879 á 1888.

elevación de todos los precios, desarrolla el trabajo, da vuelos al progreso, mientras que la contracción de la moneda ocasiona la baja general de los precios, acarreando, como consecuencia inevitable, la ruina y la crisis universal en todo orden de cosas. La disminución del agente monetario provoca el desaliento, engendra la inactividad, ocasiona la crisis, y á la larga, la muerte de toda fuente de riqueza, porque la actividad empieza á decrecer y á restringirse el crédito.

Es evidente que cuando la moneda abunda, suben los precios de todas las cosas, porque la demanda aumenta; y al contrario, cuando disminuye la moneda.

Cuando hay plétora de dinero, de todo se obtiene beneficio, págase todo más por esa misma abundancia, y de todo se saca mayor lucro; retribúyense los servicios con largueza, y el trabajo logra ver no solo compensados sus esfuerzos, sino que obtieue un exceso, principio del ahorro; pero cuando la moneda se contrae, cuando por cualquier motivo sobreviene la rarefacción de la moda, disminuye el trabajo, se precipita la baja de los precios, que es la del descenso de las utilidades, y viene, en una palabra, la crisis. Desgraciadamente esto es lo que ocurre en España; esto es lo que sucede en el mundo entero.

Aquí, con la penuria de la moneda y el crédito restringido, vemos que la baja general del trabajo y de los precios impera en todas partes, que todo el mundo se queja, que sobreviene la languidez en las fuerzas productivas, que esta languidez se ha traducido en malestar primero, en postración después, y, generalizándose por todas partes, ha llegado á invadir á todos los órganos del cuerpo social. El trabajo disminuye, la actividad se extingue, las ventas se aminoran y las mercancías permanecen almacenadas sin poderse realizar; la disminución de las ventas y la baja que ocasionan, son la debilitación de las utilidades; con esto desaparece el ahorro, la falta de ahorro impone economías en los gastos, y esa misma economía, vuelve á paralizar las compras, á disminuir las ventas, á la baja, en fin, del trabajo, del salario y de los precios. El malestar se manifiesta y la miseria cunde... Obsérvase una crisis general, crisis formidable y espantosa que empezamos á sentir, desde que, como ha dicho Goschen, se ha querido imponer esa *utopia perniciosa de querer generalizar el uso exclusivo del oro*, detentando el empleo de la plata; crisis pertinaz, crisis generalizada, crisis profunda, que abarca á todos los servicios, á todas las clases, á todas las naciones. Crisis crónica, crisis que será más espantosa todavía si la acción común y radical de los pueblos, se empeña en seguir el malhadado derrotero empezado por Inglaterra en 1816.

De esta crisis, en fin, han nacido esos grandes problemas sociales y económicos que no se sabrán solucionar sin la vuelta al antiguo régimen, al régimen secular, al régimen bimetálico que se hubo conservado desde los comienzos del uso de la moneda, desde que el mundo es mundo.

Las necesidades de las naciones, hoy mayores que nunca, y mañana más que hoy, van aumentando cada día; unas porque sostienen un contingente grande de ejército, otras por su mayor colonización, y todas porque no pueden prescindir sus gentes de las modernas necesidades, necesidades superfluas; ello es que de todas partes se demanda más numerario. Pero las circunstancias actuales del nuevo régimen han contribuido á todo lo contrario, porque han restringido la acuñación, han enrarecido la moneda.

Las naciones piden empréstitos para atender á sus cuantiosos gastos, y el particular acude hoy con demasiada frecuencia al préstamo, signos evidentes de la contracción de la moneda. Pero esta contracción monetaria hace que el valor de la moneda legal valga más, es decir, duplique su valor, ó llegue á cuadruplicarle, como en la República Argentina, de donde resulta que el deudor se perjudica, tanto como el poder de la moneda crece, mientras que el acreedor ve aumentarse la fuerza de su riqueza.

Esto es lo que actualmente sucede por el monometalismo entre particular y particular, entre los Estados deudores y las Naciones acreedoras; este es el motivo esencial de la abrumadora carga de los cambios, que nos arrebata una parte de nuestra riqueza, usura que nos arrastra á las naciones deudoras al precipicio, á la bancarrota, á la ruina más cruel y más afrentosa; usura, precipicio y ruina que jamás motivó el antiguo régimen bimetálico.

Aquella crisis de la baja de los precios, del malestar, de la inactividad y del desaliento, acentúase más con todo esto, y cundiendo por todas partes, trae la miseria general, esa miseria que ya es pertinaz, constante y porfiada, y que, como todas las miserias, se ha empeñado en cebarse en el sufrido proletariado, rigor de toda desdicha, blanco de toda desgracia; y así como la higiene dice que la miseria física es terreno abonado para la incubación de todas las enfermedades y de todas las epidemias, es también